El viernes, que fué el primero de Cuaresma, dije la Misa á las seis de la mañana, y cuando hube terminado y al comenzar el sermón, ví con admiración que mi auditorio se componía únicamente de ancianos de ambos sexos. Concluída la plática, pregunté al sacristán, que era indio del mismo pueblo, el motivo de aquella novedad extraña para mí, y él, con ese misterio que la gente de su raza acostumbra, me dijo que los jóvenes se estaban aseando y preparando para la *reala* que tenía que verificarse en el cementerio aquella tarde.

Esto me llamó aún más la atención, y guiado por la curiosidad de ver lo que harían los indios esa tarde, manifesté á mis fieles que únicamente confesaría ese día hasta las doce, porque me sentía un poco indispuesto. A tal hora me levanté del confesionario y mandé al sacristán que me llevara la comida á la sacristía y me dejara solo toda la tarde, porque quería estar absolutamente apartado de todo negocio, y únicamente deseaba dormir; le ordené también que me dejara las llaves de la sacristía y que se fuera, advirtiéndole que si algo necesitaba, le tocaría la campana.

Esto lo hice para despistar al sacristán, ó mejor dicho, para quitarle toda sospecha de que yo quería observar sus ceremonias, lo que me dió magnífico resultado. Se fué el sacristán y yo permanecí solo dentro de la iglesia, buscando el modo más cómodo de verlo todo. Subí al coro, y el lugar más á propósito que encontré fué una pequeña ventana ovalada que dominaba el cementerio, tal como lo buscaba y deseaba.

Eran las tres de la tarde, y al toque de campana que dió el sacristán, una gran multitud, por no decir todo el pueblo, se agrupó en el cementerio.

Niños, adultos y ancianos tomaban por asalto las bardas del recinto mortuorio, para ver mejor desde arriba de ellas; las niñas y mujeres permanecían, unas formadas alrededor de las bardas, por dentro, y otras, paradas junto á las tres puertas que tiene el atrio.

Este conjunto semejaba un gran corral en donde fuera á hacerse un jaripeo.

Estando todos los espectadores dentro del cementerio y en el mejor lugar que podían, y ya en silencio, entraron el *huehue*, anciano ya dicho, con una cruz como de metro y medio de largo, adornada con flores de *zempoalxóchill*, floripondios y hojas de carrizo, tras él un ejército de solteronas como de 35 á 40 años y en seguida otro de solterones.

Las mujeres iban todas bañadas y limpias en sus ropas; con las trenzas atadas con una cinta colorada, y arracadas en las orejas y